

Bragland Foldron

Parte cuatro

Susan caminaba a paso veloz por entre las calles de Tabask, acompañada por Adina, la doncella que había sido contratada para servirle durante el tiempo del embarazo. En cuanto su marido había dejado la casa para ir al gremio, la semielfa dio la orden a Adina de empacar varios alimentos sin demora y había corrido al segundo piso a empacar con rapidez todo lo que pudiera de ropa en una mochila. En una bolsa guardó monedas y joyería y cuando sintió que ya estaba lista le pidió a su doncella que la acompañara a una de las zonas de comercio de la ciudad, pero no las del puerto, sino las que se encontraban en los límites del norte de la ciudad, es decir, al lado opuesto del desembarcadero; la doncella no entendía lo que ocurría, pero obedecía a pesar de lo nerviosa que se estaba poniendo.

El recorrido, que era siempre largo, no se sintió como tal debido a la premura con que caminaba la noble dama; en otras circunstancias su presencia habría sido notoria, atrayendo miradas cercanas, pero queriendo ser precavida se había puesto sus ropas más sencillas, sin ningún tipo de adorno o alhaja que la adornara y con una capa corta con capucha de color gris. Cuando llegaron a la plaza, Susan realizó más de un paneo buscando su objetivo; Adina, perdiendo un poco la paciencia preguntó a su ama qué era lo que buscaba o cómo podría ayudarla.

—Dame el bolso —dijo Susan ignorando la pregunta a la vez que agitaba su mano para que Adina se apurara.

—¿Dama Susan? ¿Se encuentra usted bien?

—Ten —Respondió Susan tendiendo una pequeña bolsita—, son diez piezas de oro —Adina quedó sorprendida por la cantidad de dinero que le estaba dando—. Esto paga por mucho tus servicios y es así, porque quiero que te vayas ya para tu casa y no salgas en mucho tiempo ¿Entiendes lo que te digo muchacha? —la doncella mantuvo la mirada de Susan, luego asintió nerviosa y guardó la bolsita entre los pliegues de su falda— ahora vete, vete.

La joven doncella comenzó a regresar por donde había llegado tratando una sola vez de mirar hacia atrás, pero negándose a hacerlo. La semielfa la siguió con su aguda mirada hasta que la joven se perdió entre el tumulto de gente y aun así aguardo unos minutos más para asegurarse que la joven humana no se devolvería para espiarla. Tras esto se dirigió hasta las carretas mercantes que se disponían a salir de viaje hacia el norte, hacia las otras ciudades estado de Tabask, encontrando dos caravanas casi listas para partir, una de diez carretas y otra de tres. La caravana de diez carretas le pareció mejor guarnecida, con hombres armados con cotas de malla, espadas y escudos. Al menos veinte alcanzó a contar y todos en el hombro izquierdo llevaban un blasón familiar que con seguridad era de una casa mercante. La otra caravana, con apenas tres carretas pequeñas y algo viejas, llevaba costales de grano que esta familia de campesinos

seguramente había intercambiado por algún otro producto y era apenas conducida por cinco personas, todas ellas hombres humanos, con uno ya viejo y los otros cuatro jóvenes de distintas edades. De ropas humildes con bastones para apoyarse y, que ella hubiese podido ver, dos cuchillos, sería todo lo que tendrían para defenderse por el camino.

No sabía qué hacer. Por un lado, la caravana más grande y mejor guarnecida le podría suponer un viaje más seguro, podía ver que había mujeres allí, lo que le hacía sentir más tranquila, pero al mismo tiempo una caravana tan grande supondría un viaje más lento y, si se llegaban a enterar de para quién trabajaba su esposo sería más factible que la entregaran a este para no ganarse la ira de todo un gremio. Por el otro lado, la caravana más pequeña supondría un viaje más ligero y rápido al tiempo que inseguro, no solo por la poca protección que le podían brindar, también por el temor que le producía viajar con un grupo compuesto solo por hombres desconocidos.

En un momento que salió de su ensimismamiento para buscar otras alternativas, notó que algunas personas ya habían comenzado a mirarla al menos con curiosidad; en su indecisión no se percató que llevaba ya largo tiempo allí parada mirando sin mirar hacia el extremo de la plaza. Pestañeó rápido, se arrebujó en la capa y caminó hacia las dos caravanas que no se encontraban muy lejos la una de la otra. Pensando en el viaje rápido comenzó a dirigirse hacia los campesinos con la intención además de ofrecer menos dinero y ahorrar. Antes de llegar hasta el hombre anciano escuchó una voz fuerte, de mando provenir de atrás de ella:

—Ni un paso más. —Escuchó. La habían encontrado. Los hombres de la Serpiente Dorada habían ido tras ella por orden de su esposo y la habían encontrado. Apretó las manos alrededor de las correas de los bolsos, su respiración se agitó sin poder evitar el mover sus manos temblorosas de las correas a su vientre.

¡No!

No iba a rendirse tan rápido. Levantó el rostro viendo muy a lo lejos del camino la salida de la ciudad, pensó en correr tratando de perderse entre la multitud, llegar hasta la guardia y pedir ayuda o cruzar la puerta y tratar de perderse entre las granjas aledañas; lo que fuera con tal de no dar su brazo a torcer. Dio el primer paso.

—¡Alto ahí jovencito! —“¿jovencito?”, se preguntó Susan— Ni un paso más, te he dado una orden: o la cumples o te doy un buen azote.

Susan giró y vio a un hombre robusto de barba entre negra y grisácea muy tupida, cubierto por unos ropajes elegantes, pero prácticos coronado por un sombrero de ala ancha adornado con una enorme pluma que miraba con ceño fruncido a un joven humano que compartía algunos rasgos con aquel.

El alma le volvió al cuerpo. El alma y algo más. Cuando el muchacho acató la orden sin rechistar, el humano caminó de frente a ella, con lo que pudo ver en la solapa de su camisa un prendedor con el ícono del ala derecha de un murciélago; no perdió tiempo y se acercó a este pidiendo espacio en el viaje.

—¿Para dónde va? —preguntó— no quiero ser descortés, solo quiero saber si nuestro camino le es realmente de utilidad.

—Al norte —fue la rápida respuesta de Susan. El sujeto guardó silencio auscultando la información visual que desprendía la mujer para cavilar sobre esta durante el viaje.

—Veinte monedas.

—Quince.

—Quince. Suba a la segunda carreta, es la más cómoda y como puede ver, es una carreta cerrada —Susan subió de inmediato al carruaje sin mirar quien había dentro, sorprendiéndose de golpe al ver a una mujer frente a ella no menos sorprendida—. Mis disculpas, no sabía que ya había alguien acá, el dueño de la caravana me permitió viajar con ustedes. —A la mujer se le hizo muy extraña esa decisión, pero prefirió no hacer ningún comentario.

—Se refiere a mi esposo, el señor Cicero Castus y yo soy Alea Castus.

—Mis más sinceras disculpas una vez más. —Susan se inclinó levemente y Alea entendió el por qué su esposo la había enviado a viajar con ellos—. Mi nombre es Susan F... Fitzhel —dando el apellido de su familia y no el de su esposo.

La caravana se puso en marcha casi de inmediato; Cicero viajó los primeros tramos a caballo junto a su escolta y demoraron unos cuantos minutos en el umbral de la ciudad en lo que hacía el chequeo de algunos documentos. Solo en el momento en que las murallas de la ciudad portuaria de Tabask dejaron de verse, Susan pudo relajar su postura; durante la salida se había mantenido rígida y siempre tratando de ver a través de la ventanilla del carruaje hacia el final de la caravana. Su cuerpo por fin se recostó con amplitud contra el espaldar mullido y sus brazos descansaron apacibles sobre sus muslos. Alea no lo pasó por alto, sin embargo, la dejó descansar. La semielfa pronto quedó sumida en un profundo sueño, uno tranquilo para su fortuna y la de su futuro bebé.

En la mayoría de los caminos principales de los reinos del continente de Ebland, se puede encontrar la excelente y resistente mampostería enana, duradera por décadas sin tener que realizar mayores reparaciones y que, si se requiere de esta, los enanos están más que dispuestos a realizarlas por un precio no tan elevado como su construcción, claro está. A cada clan de enanos le gusta imprimirle un estilo propio a su trabajo, por lo que si el trabajo de dos de estos clanes se juntan en un camino (progresivamente si los dos clanes enanos lo acordaron de forma amistosa, o intempestivamente, si los clanes enanos terminaron el asunto en discusión), van dejando ver la diferencia en el arte de uno u otro clan. También es común que se encuentren distintos tipos de runas enanas talladas en algunas piedras a los costados del camino que representan custodias de protección para los viajeros.

Estos caminos hacen el viaje mucho más rápido para las carretas, ya que los animales se esfuerzan menos y las ruedas de madera o protegidas con aros de metal sufren menos deterioro; eso sin contar que los viajes en tiempos de lluvia son sencillos a comparación de hacerlo por los caminos de tierra. Gracias a esto lograron abarcar mucho terreno en las horas de la mañana, parando cuando el sol se encontraba a plenitud para comer algo y continuar viaje; esta vez Cicero viajó en el carruaje.

—Bueno mi señora —dijo en tono enérgico, pero amable— Hasta este momento me he mantenido al margen y seguro que mi amada esposa también —miró a la humana de edad madura. Ella le dedicó una leve sonrisa—, esperando que pudiera estar tranquila, pues se le notaba nerviosa. Lo primero que he de decir bajo mi observación y no temo equivocarme, es que usted no es de baja cuna.

—Extraño sería, teniendo en cuenta su linaje —intervino Alea mirando las orejas mal disimuladas por Susan.

—Pero no solo eso, su manera correcta de hablar, sus ademanes, incluso su ropa y su equipaje, todo es de buena confección a pesar de lo sencilla.

—Y puede notarse en usted el olor de fragancias florales —completó Alea una vez más. Susan se puso nerviosa mirando de un lado a otro, sintiendo que se encontraba en medio de un juicio.

—Por otro lado, pagó quince monedas de oro por el viaje, ¡quince! —exclamo el comerciante—, el precio fue solo una prueba.

—Es un precio exagerado entre el puerto y la ciudad más al norte a la que vamos.

—Eso quiere decir que, si ha viajado antes entre reinos o ciudades, jamás ha tenido que pagar ni una pieza de cobre —la señaló agitando el dedo—: es porque usted no es de la plebe.

—Bueno mi señor, mi señora, no se equivocan —se sinceró Susan—. En efecto soy de... bueno, no soy de noble cuna, mis padres son altos comerciantes eso sí, del reino de Zurim.

—¿Por eso viaja al norte?

—Sí —inventó rápidamente la semielfa.

—¿Y por qué sola y de esta manera? —preguntó Alea.

—Mi... mi esposo quiere hacerme daño y tuve que dejar mi casa para escapar de él —soltó sin filtros, Cicero se echó para atrás con una expresión pasmada no muy diferente a la de su esposa. El comerciante supuso ahora el llevar a la semielfa como un error—. Si bien quiero volver a casa de mi familia, me temo que no puedo hacerlo ahora, porque es lo que él esperaría que hiciera, debo hacer que me pierda el rastro.

—Entenderá usted que, aunque a pesar de ser una situación difícil la que nos cuenta, nos pone a nosotros en un predicamento —respondió Cicero con franqueza. Susan volvió a mirar el prendedor con el ala de murciélago y decidió jugar una carta más.

—Comprendo, no... no deseo causarle molestia alguna. Como último favor le pido me deje en el pueblo más cercano, uno donde la Serpiente Dorada no tenga

influencia de preferencia. —Su comentario logró el efecto deseado, ya que la curiosidad asomó a las facciones de Alea y Cicero.

—¿Qué tienen que ver ellos? —la pregunta fue demasiado seca para el propio gusto de Alea tras pronunciarla.

—Bueno mi señora, mi esposo trabaja para dicho gremio, como alquimista. —La pareja no pudo evitar mirarse de nuevo.

—Nada bueno puede venir de esa gente —respondió Cicero con un tono duro—, o vea usted dama Susan, perseguida por un marido infame.

Tabask en sí es un amplio territorio, un reino, pero a diferencia de muchos otros, no está conformado por una ciudad central capital del reino, regida por un solo rey que distribuye entre sus nobles la administración de las tierras, sino que se compone de una gran cantidad de ciudades-estado, cada una con sus propios líderes y leyes que comercian entre sí y se unen cuando el territorio es amenazado de manera externa; una de las ciudades más importantes de este conjunto de ciudades es Tabask, nombrada igual que el “reino” y se trata de una poderosa ciudad portuaria. En dicha ciudad, una de las más grandes y pobladas, funcionan la mayoría de los gremios más poderosos de todos debido a su fuerza económica y política, por lo que no faltan las fuertes rivalidades entre algunas de estas. Dos de los gremios más importantes son el Gremio de la Serpiente Dorada y el Gremio del Murciélago. Este último está conformado por tres grandes casas conocidas como el Ala Izquierda, el Ala Derecha y el Murciélago. Susan sabía esto, o al menos entendía los tejemanejes superficiales con lo cual se había aferrado a que la discordia entre casas le granjeara la ayuda de estas personas.

Cicero era una persona amable por naturaleza, pero ante la oportunidad de fastidiar a sus rivales y de paso anotarse una victoria de la que se pudiera hablar para hacerse notar ante los grandes patronos de su gremio, su acto de cinismo lo consideraba un beneficio para todos. Sacó de un baúl que se encontraba bajo su asiento papel, pluma, cera y sello; con incomodidad, pero pulcritud redactó una carta, asomó a la ventanilla del carruaje y llamó a uno de los escoltas

»Entrega esto a nuestro mensajero, que el mensaje llegue hasta la ciudad de Bestfold y sea entregado a nuestra gente. Si no puede hacer el viaje por sí mismo, que se le haga entrega a otro mensajero que se dirija hacia el norte.

—Como mande mi señor. —El soldado se alejó con las instrucciones.

—No se preocupe dama Susan, nos encargaremos que llegue con nosotros a Bestfold de manera segura.

—Mi señor, no se imagina cuanto se lo agradezco.

—Usted descuide —respondió sin dejarla terminar no queriendo dar más vueltas alrededor del asunto y al contrario de ello, cambió el tema a uno más ameno del que todos disfrutaron.

El viaje continuó por varias semanas, con paradas de algunos días en los pueblos o ciudades en los que se iban a realizar tratos comerciales. Los Castus no demoraron mucho en conocer el estado de gravedad de Susan al sufrir ella de constantes mareos, náuseas y debilitamiento. A partir de ese momento una doncella de los Castus comenzó a acompañarla para atender todas sus necesidades; la pareja desposada ya conocía la alegría de la descendencia con su primogénito Arturus, belicoso, pero inteligente y de su hija Adriana, que era sagaz como la madre y disciplinada como el padre, por lo que atendieron y acompañaron esas primeras semanas de embarazo.

Cuando hubieron llegado a la ciudad de Bestfold ya los esperaba una comitiva; allí su gremio tenía una casa enorme, lo que en otros reinos podría considerarse un palacio, más pensado en los lujos que en la defensa. Descansaron allí un par de noches del largo viaje y al tercer día Susan fue llamada al salón principal por Cicero. La semielfa pudo ver en la estancia a quien le habían presentado como el embajador del Gremio del Murciélago, también a un hombre joven de buena estatura y espalda ancha, piel blanca y cabello negro lacio hasta el mentón que llevaba una bufanda azul y una ropa sencilla, cómoda; junto a él un semielfo joven de cabello castaño corto ligeramente más delgado y bajo en estatura que el primer hombre. En el momento en que ella entró a la sala, por otra puerta lo hicieron dos personas más; una mujer de la raza de los semiorcos, de piel verde pálido, ojos negros, calva a excepción de una cola de caballo que nacía de la parte más alta del posterior de su cabeza, colmillos inferiores no muy grandes que sobresalían de su boca y se podían ver sus fuertes brazos tatuados gracias a una camisa de lino sin mangas; el segundo en entrar era otro humano de espeso bigote negro ya entrado en años, una corona de cabello ligeramente gris alrededor de su cráneo ya alopécico.

—Dama Susan —dijo Cicero—, estas personas que ve acá han sido contratadas por nuestro embajador para que la escolten de camino a su verdadero hogar, como ya sabe, nosotros estaremos unos días más en la ciudad para luego partir por otra ruta comercial de regreso a Tabask. Sus nombres son Slain, Thárivol, Bruna y Esteban —nombrándolos en el orden que la mujer los había reparado—. Considérelolo como un último obsequio por parte de La Serpiente Dorada.

—Mi señor, no tengo cómo agradecer lo que han hecho por mí.

—Tiene como —intervino el embajador—, pero no se preocupe —rio ante la cara que puso la mujer—, usted mencionó que su familia es comerciante, así que le pedimos que cuando llegue a su destino hable con su familia de nosotros. Tenga —ante un gesto de su mano, un sirviente le entregó un pergamino enrollado y sellado a Susan—, esta es una propuesta de negocios que espero estén dispuestos a aceptar.

“Que estén dispuestos a aceptar”, a la mujer no se le pasó por alto que no era una opción, si tan solo supiera lo que muy pocos saben...

—Por supuesto mi señor, en cuanto mis padres sepan lo que han hecho por mí no dudarán en forjar una duradera alianza con ustedes —contestó con la seguridad de la inocencia.

Al día siguiente se uso en marcha con su nueva escolta en un viaje que sería bastante largo y que la alejaría del peligro que suponía Bragland Foldron para siempre.